

Marina García Burgos en acción.

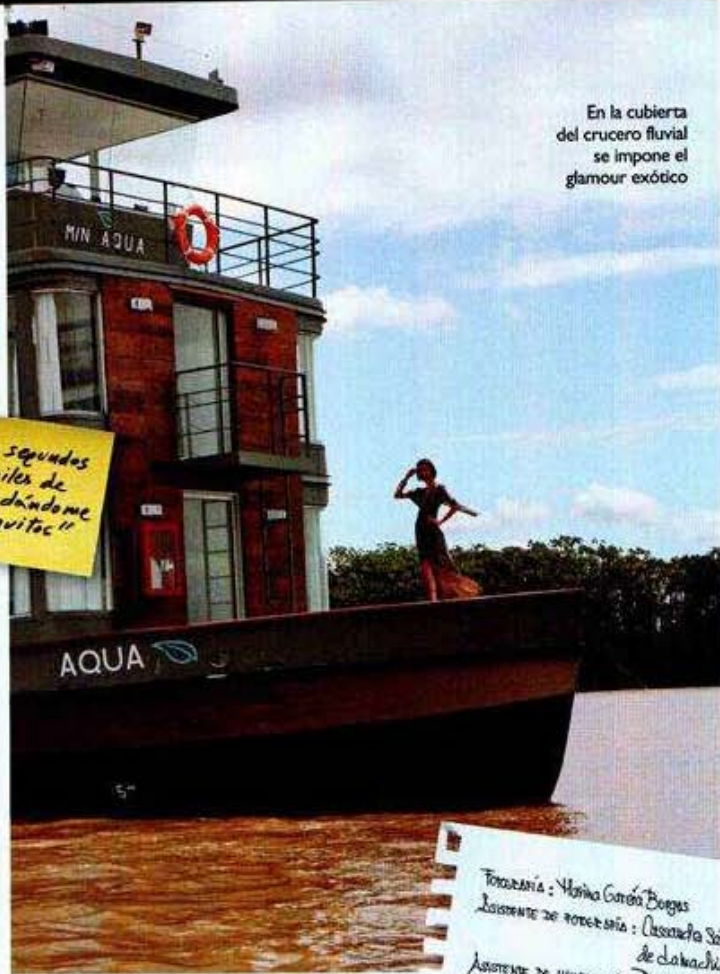
"En unos segundos tenía miles de termitas dándome mordisquitos"

CUIDADO CON LAS TERMITAS

Plató en la selva

La selva amazónica es un buen escenario pero trabajar allí conlleva algunos inconvenientes que dan un mayor valor al resultado.

Cuando te envían a hacer un reportaje a lo más profundo del Amazonas sabes a lo que vas y estás preparado para todo. Eres consciente de que habrá una gran cantidad de mosquitos, que debes llevar un buen repelente y que, a pesar de todo, te picarán con crueldad. Sabes que debes tener cuidado por donde pisas: serpientes, arañas y otros insectos esperan a que te despistes. Marina García Burgos, nuestra fotógrafa, mientras preparaba la toma definitiva que luego sirvió para realizar la portada, concentrada como estaba en la composición y en la luz, no se fijó en que aquel montículo que le servía para tener una mejor perspectiva era un gigantesco nido de termitas y, claro está, le picaron. Doloroso pero superable. Como la ausencia de comunicaciones con el mundo exterior. Sin teléfono móvil, ni internet y casi sin electricidad, había pocas distracciones modernas. Por la noche, el paso de una estrella fugaz se convertía en un momento mágico del que todos disfrutaban. Marco Antonio Gallego, nuestro estilista y el de muchas modelos y misses, cambió el mundo de las pasarelas por la selva.



En la cubierta del crucero fluvial se impone el glamour exótico



En el centro, Carla Benzaquen, directora del crucero AQUA.

FOTOGRAFÍA: Marina García Burgos
 ASISTENTE DE FOTOGRAFÍA: Cassandra Sánchez de la Hachid
 ASISTENTE DE NUMERACIÓN: Pedro Zelaja
 MODELO: Juaniña Burgos
 MAQUILLAJE: Gladys Huapire, del staff de Marco Antonio
 ESTILISMO: Marco Antonio Gallego
 VESTUARIO: Jorge Luis Salinas
 PROMOCIÓN: Jessica Newton
 COORDINADORA DE PROMOCIÓN: Marielga Trujillo
 AGRADECIMIENTOS: LAN PERU
 M/S AQUA
 PERU PERU



Marco Antonio Gallego, estilista

"El tiempo fluye lentamente en un entorno inhóspito como el de la selva"



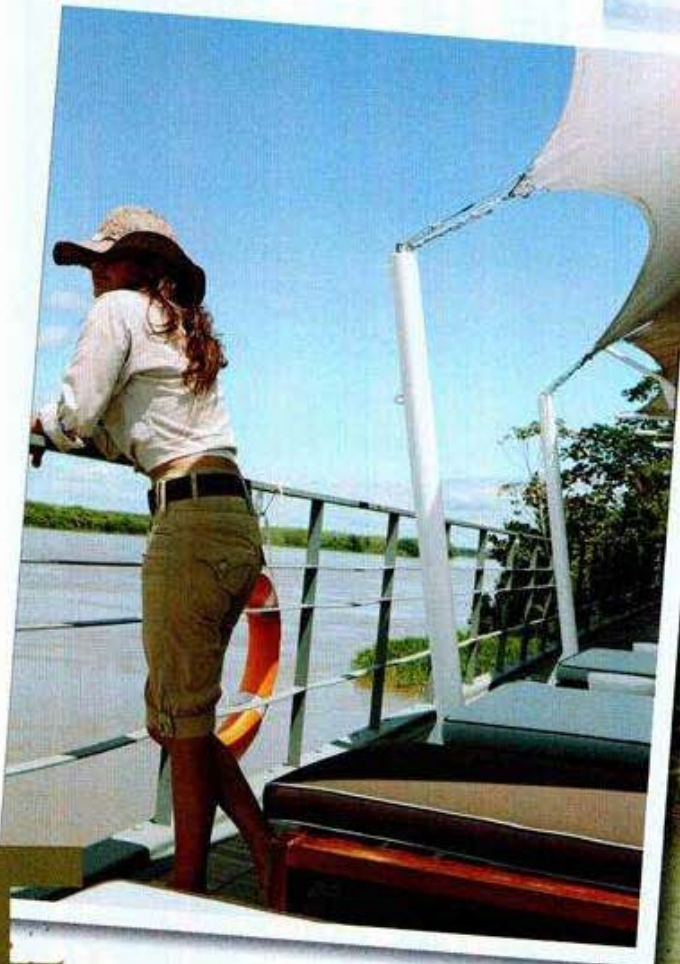
Jessica Newton y su hija Cassandra

LA LLAMADA DE LA SELVA

LA ÚNICA FORMA DE SENTIR EL AMAZONAS ES A BORDO DE
UN BARCO. MEJOR SI ES UN CRUCERO DE LUJO.
MARINA GARCÍA BURGOS LO FOTOGRAFÍA Y MARÍA EUGENIA
CASQUET HABLA DE LOS SONIDOS DE LA NATURALEZA.



Juanita Burga, en la cubierta del barco del AQUA, lleva vestido blanco de algodón de Dejá Vu.



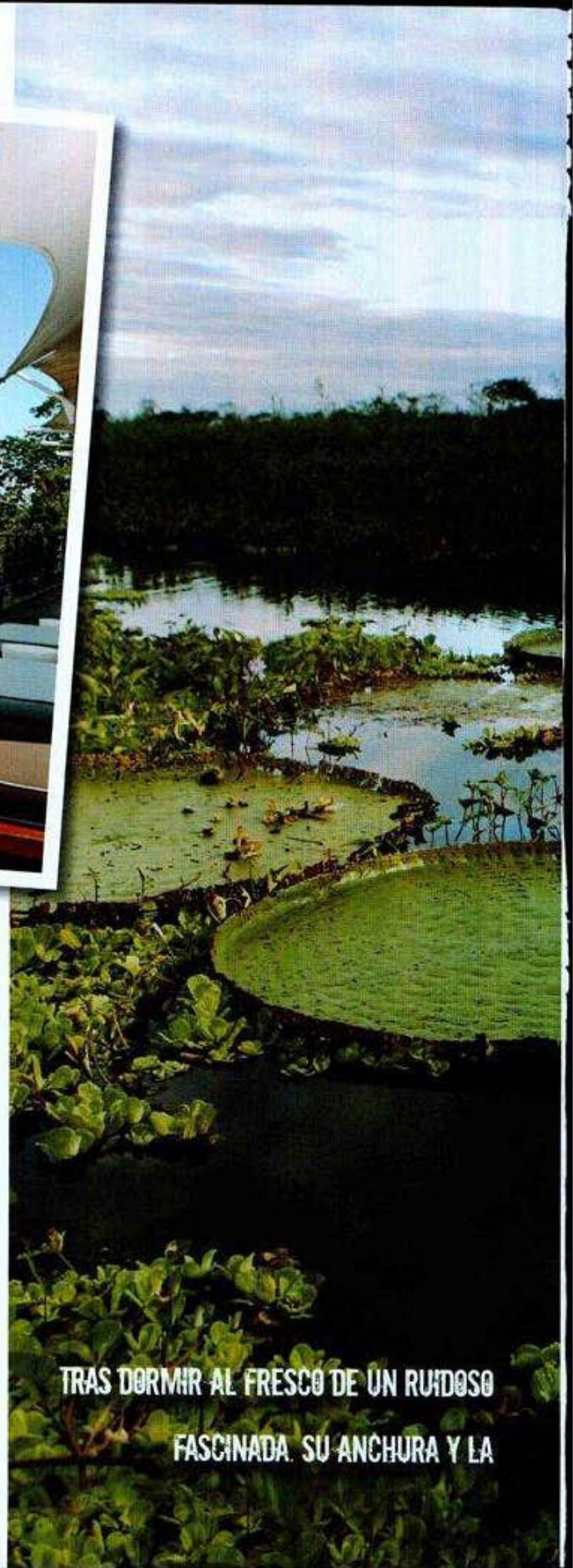
E

stá en mitad de la nada, o mejor dicho, en medio de la inmensidad de la selva amazónica peruana. Aquí, hasta la ciudad de Iquitos, no hay carreteras que se atrevan a llegar. La jungla ha acabado con cualquier intento de abrir una ruta terrestre y aún hoy sólo se puede llegar o salir de Iquitos en avión o en barco.

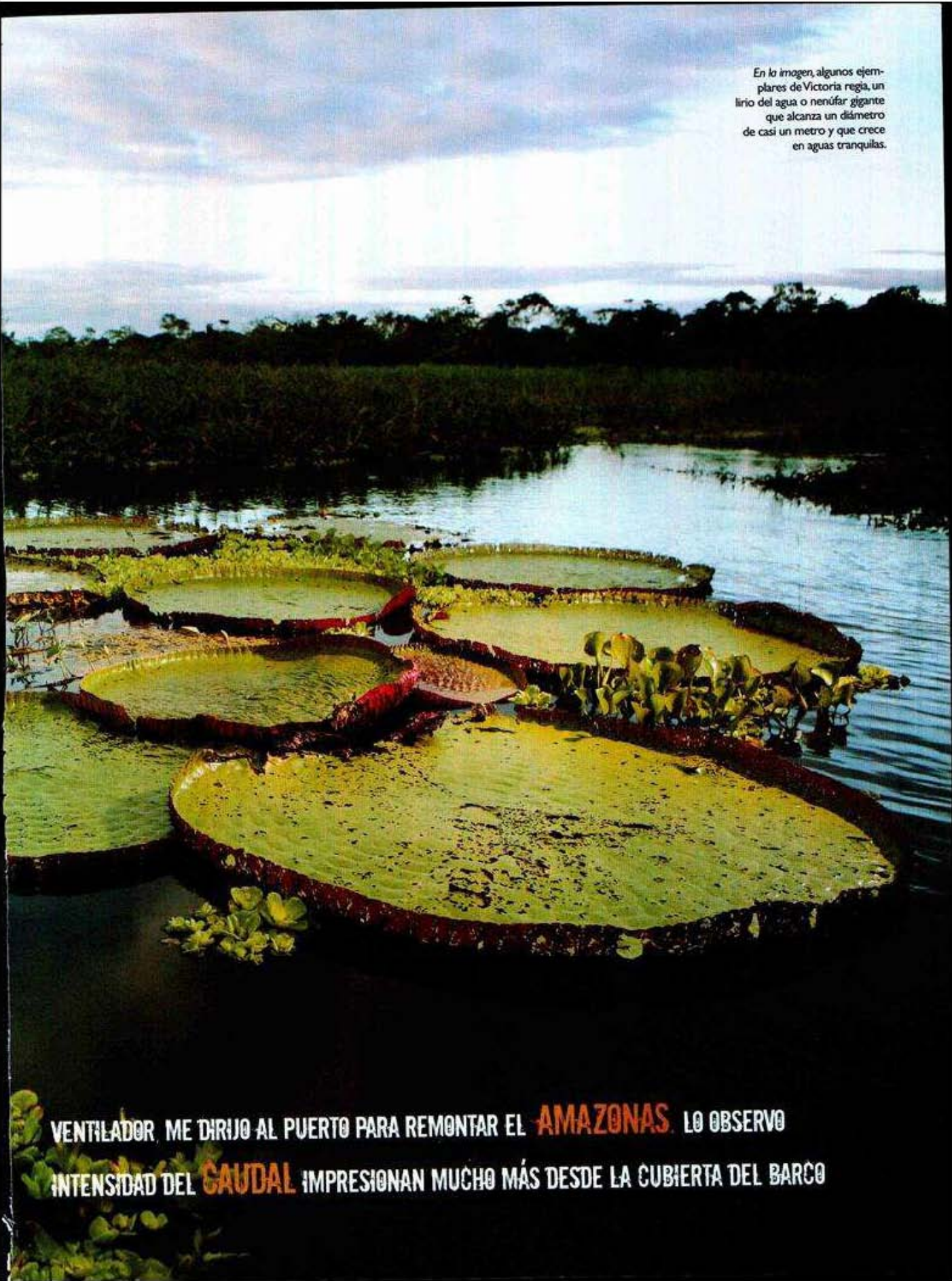
Nada más aterrizar, el calor y la humedad me impactan, aunque me voy acostumbrando a medida que paseo por las calles de la ciudad, amplias y surcadas por ruidosos motocarros que hacen las veces de taxis. En una esquina de la plaza principal, la de Armas, brilla la que llaman Casa de Fierro, diseñada y fabricada por piezas en Francia, en el taller del célebre arquitecto Gustave Eiffel, trasladada en barco y articulada en este remoto rincón de Perú a finales del siglo XIX.

En aquel momento, Iquitos –al igual que Manaos, en la Amazonia brasileña–, vivía la llamada ‘fiebre del caucho’, cuando los barones que controlaban el negocio se enriquecieron y se hicieron construir imponentes mansiones con maderas nobles locales y otros exquisitos materiales traídos desde Europa, como los mármoles italianos o los azulejos portugueses. Prueba de ello son las soberbias casonas que jalonan aún el malecón Tarapacá, un agradable paseo que discurre paralelo al gran río.

En contraste con la opulencia de los señores, los trabajadores que extraían el caucho de los árboles repartidos por la extensa



**TRAS DORMIR AL FRESCO DE UN RUIDOSO
FASCINADA. SU ANCHURA Y LA**

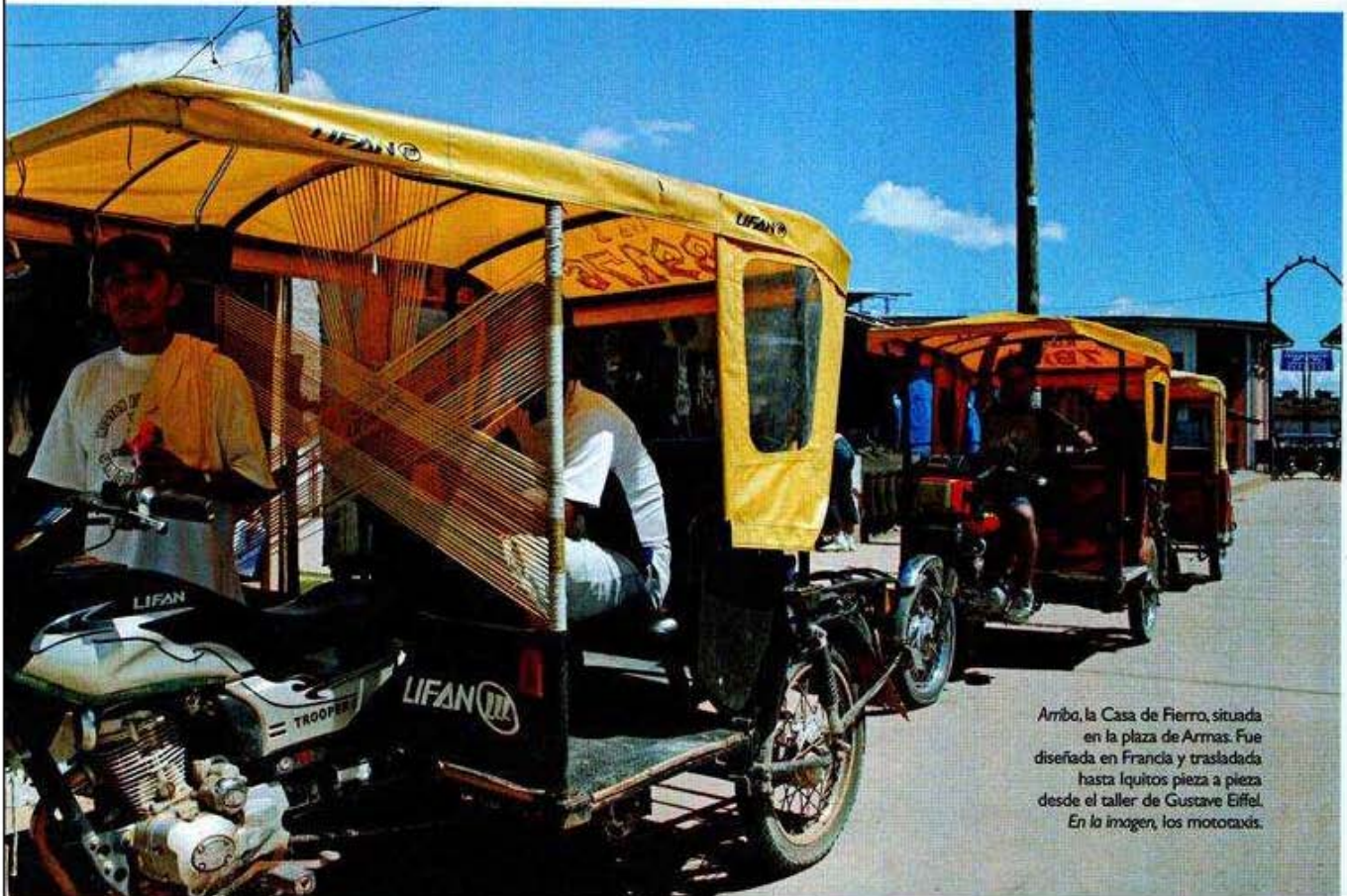


En la imagen, algunos ejemplares de Victoria regia, un lirio del agua o nenúfar gigante que alcanza un diámetro de casi un metro y que crece en aguas tranquilas.

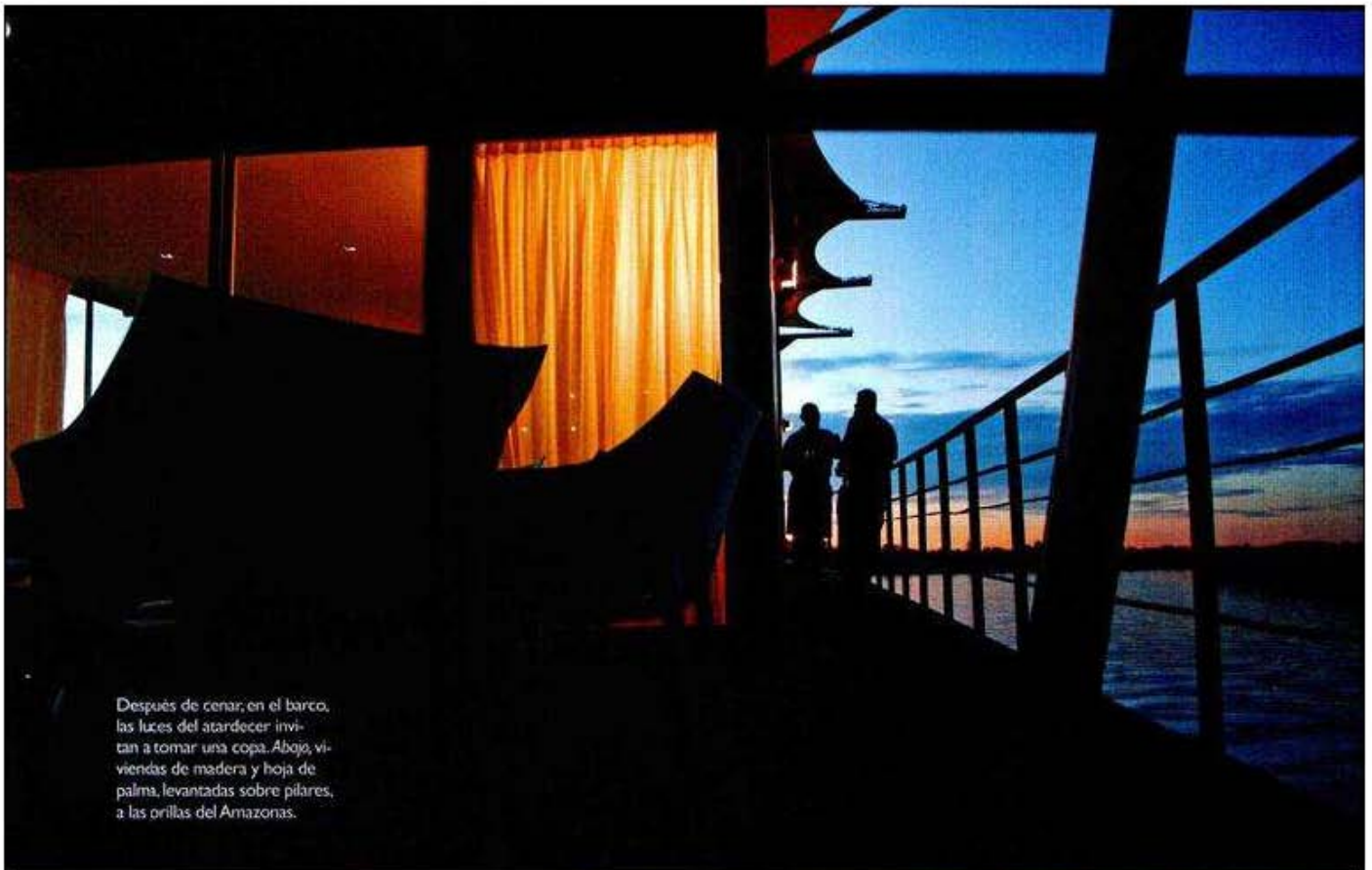
VENTILADOR, ME DIRIJO AL PUERTO PARA REMONTAR EL **AMAZONAS**. LO OBSERVO
INTENSIDAD DEL **CAUDAL** IMPRESIONAN MUCHO MÁS DESDE LA CUBIERTA DEL BARCO



HASTA IQUITOS SÓLO SE PUEDE IR **EN BARCO O EN AVIÓN**. ES UNA CIUDAD SINGULAR QUE



Arriba, la Casa de Hierro, situada en la plaza de Armas. Fue diseñada en Francia y trasladada hasta Iquitos pieza a pieza desde el taller de Gustave Eiffel. En la imagen, los mototaxis.



Después de cenar, en el barco, las luces del atardecer invitan a tomar una copa. Abajo, viviendas de madera y hoja de palma, levantadas sobre pilares, a las orillas del Amazonas.

CRECIÓ AL AMPARO DEL COMERCIO DEL CAUCHO, Y A LA QUE TODO LLEGABA A TRAVÉS DEL RÍO



Document 7, image 1 of 1



jungla, lo hacían en condiciones próximas a la esclavitud. También mucho más modestas que las casas del centro urbano son las viviendas de madera y hoja de palma levantadas sobre pilares en el popular barrio de Belén, cuyo mercado es un auténtico festín para la vista, rebosante de gente y productos. Sus calles se inundan cada año con las enormes crecidas del río, obligando a sus habitantes a desplazarse en barca.

De regreso en el centro y mientras me refresco con un sabroso zumo de frutas tropicales en una de las heladerías del 'jirón' Próspero, una de las calles más animadas de la ciudad, se me acerca un lugareño para ofrecermé una excursión en lancha rápida por el río. Aunque mi plan es viajar en el Aqua, un barco más lujoso y confortable hasta la Reserva Nacional de Pacaya-Samiria, me animo a probar también esta opción 'más movida'.

Tras dormir al fresco de un ruidoso ventilador en un hotel de la ciudad, me dirijo al puerto y partimos en una pequeña motora, remontando uno de los meandros del Amazonas. Su anchura y la intensidad del caudal impresionan. Avanzamos a gran velocidad río arriba hasta que un golpe seco e inesperado nos deja helados. Pasados unos segundos de incertidumbre, Eric, el patrón y guía que me acompaña, revisa la barca y me tranquiliza: "Hemos debido chocar con un tronco pero no ha pasado nada. Podemos continuar". Es uno de los peligros que acechan a las pequeñas embarcaciones que avanzan contracorriente. Sobre todo, después de alguna gran tormenta, porque a veces los rayos y el viento tronchan enormes ramas o incluso árboles enteros que son arrastrados por el poderoso caudal amazónico.

Abandonamos la corriente principal para surcar un pequeño canal y avanzar entre dos densas y altas paredes vegetales. Detenemos el motor para pescar pirañas. Con un simple cordel y un escueto trozo de carne, se atrapan con enorme facilidad. De cerca, sus afilados y enormes dientes provocan pavor pero esta vez serán ellas las que servirán de crujiente cena. Nos acercamos a la orilla para caminar. Mi acompañante corta un trozo de una liana y me invita a beber el agua que sale de ella. "¡Cuidado!", dice, "si te confundes de especie, puedes tener graves problemas". Después localiza un claro en la maleza y decide pasar allí la noche. En un radio de apenas quince metros, encuentra todo lo necesario para construir una pequeña cabaña. Con una destreza difícil de imaginar, entrelaza hojas de palma y las ata con finas lianas que coge del suelo.

Ya tenemos el techo. Con ramas y troncos caídos forma la estructura perfecta para sujetarlo. Dormimos en hamacas, protegidos por mosquiteras y escuchando todos los ruidos de la selva, que permiten adivinar presencias cercanas. Nos despertamos y aún es de noche, pero preferimos partir antes del amanecer. Está oscuro pero mi compañero de viaje se orienta perfectamente. Me señala una línea en el centro del canal: es la claridad que se aprecia justo donde confluyen las sombras de ambas orillas. Es increíble. Cuando deja de verse es que se aproxima alguna curva del río y basta con seguir unos metros más para que vuelva a aparecer marcando siempre la dirección que se ha de seguir. Ya en pleno día, llegamos a Iquitos. Esta miniaventura ha tenido un efecto nuevo: la adrenalina que hace ver todo más brillante.

Al día siguiente me dirijo de nuevo al puerto y tomo el Aqua, un barco que parece una versión moderna del *Molly Aida*, el bar-

Miguel Salvador Pizarro



El capitán Lizardo Rosales y el práctico Saul Soria en el puente del Aqua. Abojo, una de las suites del barco.



En la imagen, ensalada de chonta (corazón fresco de palmito cortado longitudinalmente) con vinagreta de cecina (carne seca de cerdo). A la derecha, un oso perezoso.

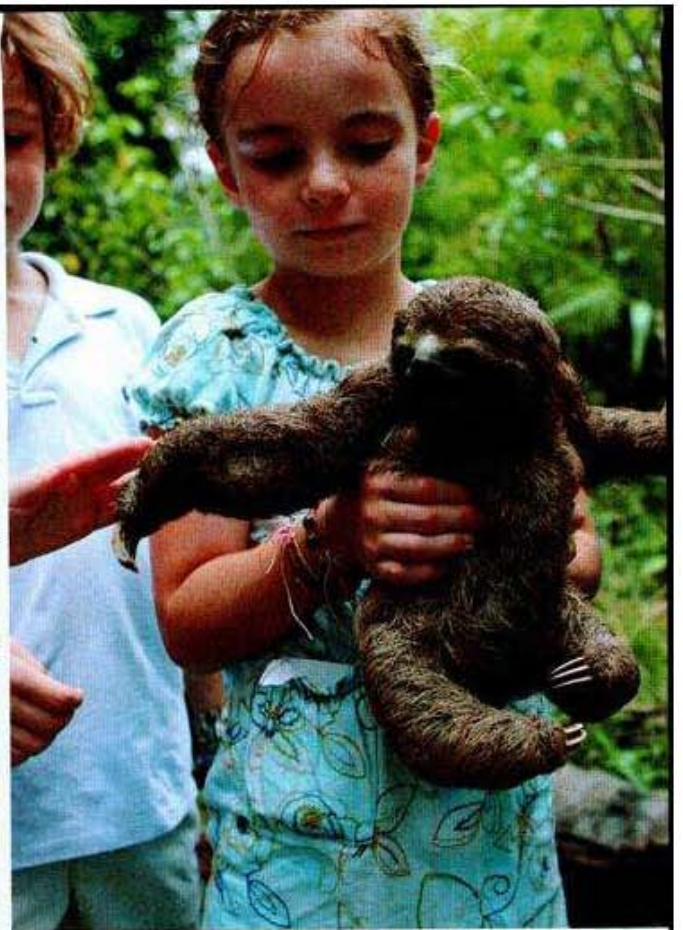
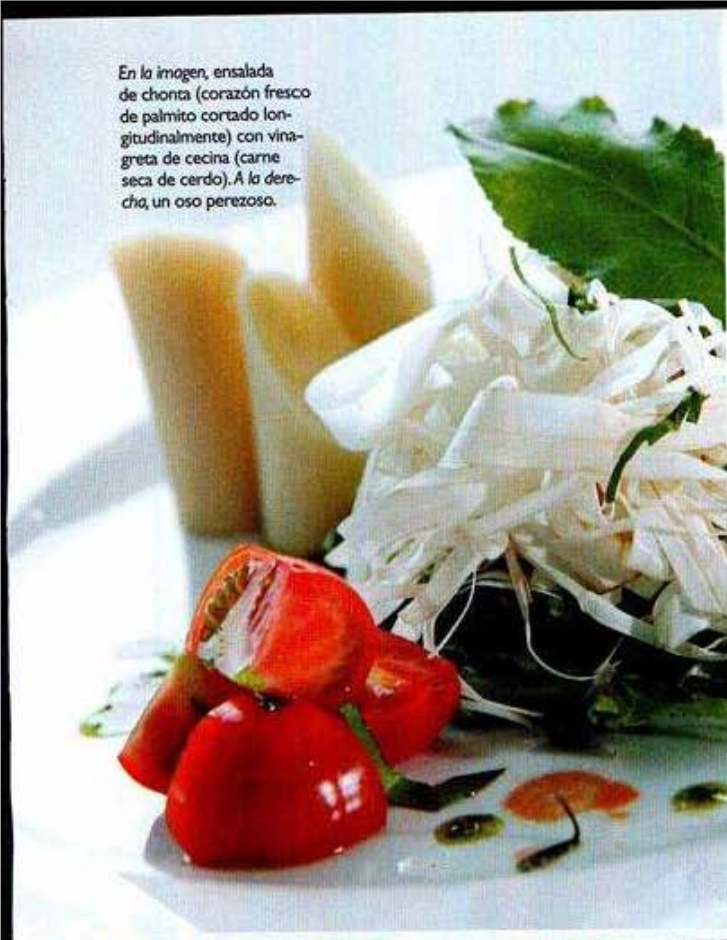
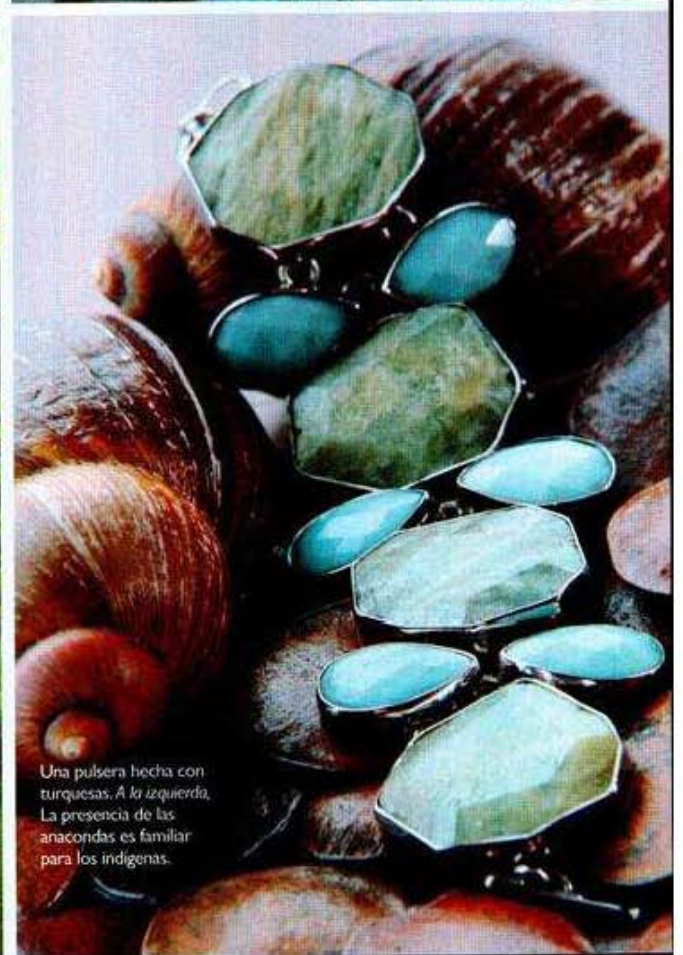


Foto: J. P. S. S.



Una pulsera hecha con turquesas. A la izquierda, la presencia de las anacondas es familiar para los indígenas.



INFORMACIÓN PRÁCTICA

CÓMO LLEGAR

La mejor fórmula y casi la única para llegar a Iquitos es el avión. Para ello, desde España hay que volar a Lima, la capital peruana, por ejemplo con Iberia (a diario y desde 550 € más unos 300 € de tasas) y desde allí, continuar hasta Iquitos, ya en vuelo nacional con la compañía Lan Perú (por unos 130 €).

DÓNDE DORMIR

Hotel El Dorado Plaza. Es un cinco estrellas en pleno corazón de la ciudad, desde aquí podrás organizar algunas excursiones. El precio por persona en habitación doble ronda los 160 € pero hay varias promociones. (Jirón Napo, 252, Plaza de Armas, Iquitos; tel + 51 65 222 555; eldoradoplazahotel.com)

CRUCERO

Aqua Expeditions
Luxury Amazon Voyages. Ofrece cruceros de lujo de varios días. Los menús están diseñados por un prestigioso chef peruano y mezclan cocinas internacionales. Los precios van desde 1.350 € para el crucero de 3 días en suite hasta 3.400 € de la master suite en el de siete días. (aquaxpeditions.com).

EN EL RÍO **TODO ES VIDA**, EN ESTADO PURO, A BORBOTONES. DESDE EL PAICHE, UN SABROSO
PESCAR USANDO UN SIMPLE BOTE CON UN HILO Y UN CEBO. AQUÍ EL **DEPREDEDADOR**

co de Fitzcarraldo -el visionario-, que me llevará a la espléndida y enorme Reserva Nacional de Pacaya-Samiria, situada a unos 100 kilómetros de Iquitos, entre los dos ríos que le dan nombre: el Pacaya y el Marañón, a su vez, dos de los más importantes afluentes del majestuoso e imponente Amazonas. La lujosa embarcación será mi casa durante los próximos cuatro días. Sus camarotes, repletos de detalles, disfrutan de amplias cristaleras que permiten contemplar el paisaje. Las vistas son también excelentes desde la cubierta, donde paso horas tumbada en una hamaca entre la contemplación y la lectura. Para comer, un elaborado y amplio menú que incluye el 'paiche', un sabroso pez amazónico que recuerda a la langosta.

Una vez en la reserva de Pacaya-Samiria, nos embarcamos en lanchas para adentrarnos por un canal hasta desembocar en una 'cocha' -es el nombre que reciben aquí las lagunas-, cuya superficie, en pleno sosiego, es un espejo perfecto. Flotando en ella, como enormes lunares verdes, varios ejemplares de Victoria regia, plantas acuáticas -nenúfares gigantes- que alcanzan un metro de diámetro y crecen en estas aguas. Sobre ellos, una pareja de ágiles jacanas, aves de largas y delgadas patas capaces de andar kilómetros sobre vegetación flotante.

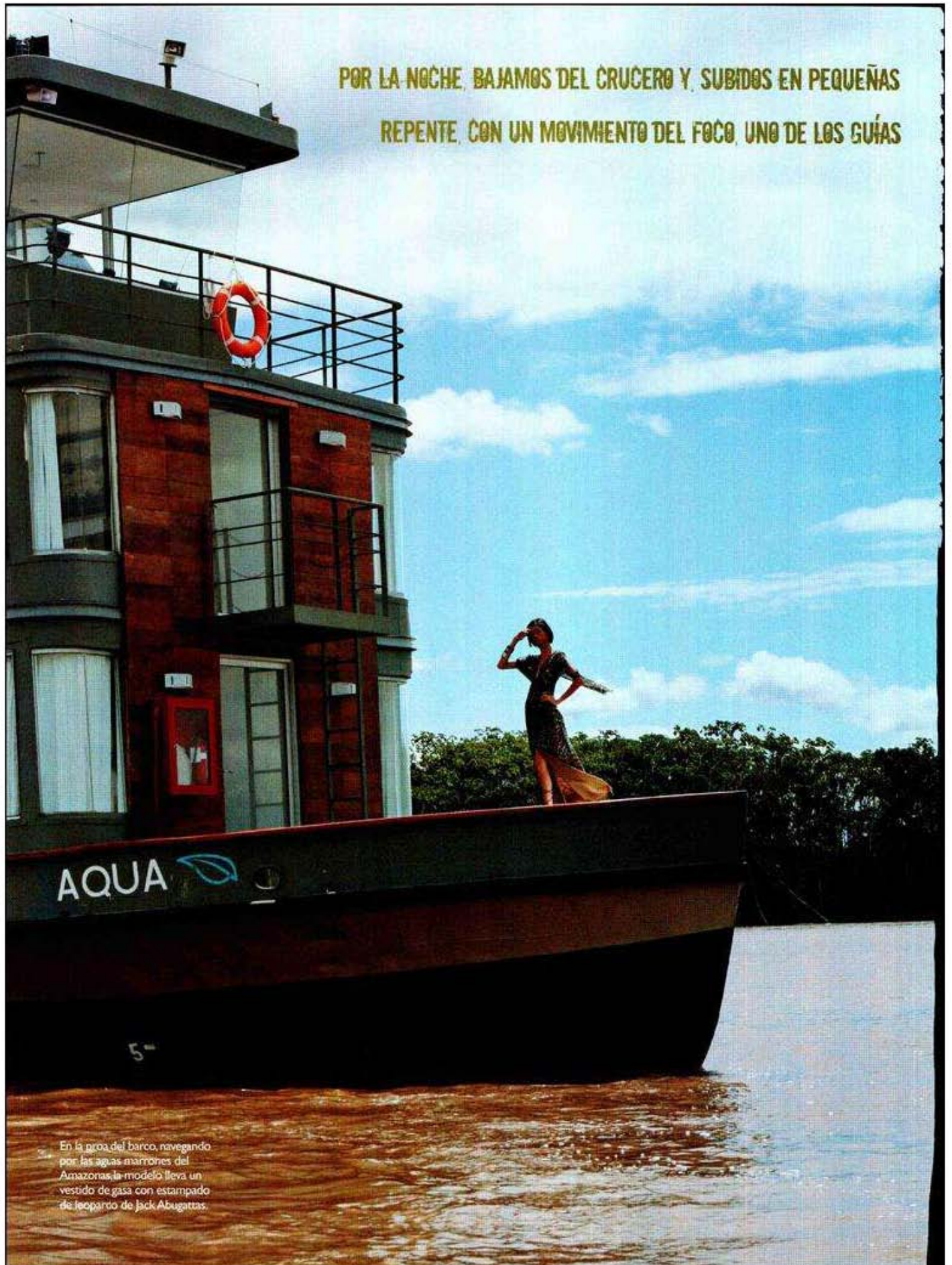
Uno de los guías señala la copa de uno de los altísimos árboles que nos rodean. Las ramas crujen y caen algunos frutos. Me cuesta distinguirlos pero, finalmente, siguiendo el movimiento de las hojas, consigo contemplar

Para poder llegar hasta algunos de los ramales del río es necesario subirse en lanchas más pequeñas y mucho más ágiles.



PEZ QUE SIRVEN A BORDO DEL CRUCERO. HASTA LAS **PIRANAS** QUE SON FÁCILES DE
SE CONVIERTE EN PRESA. LA EXISTENCIA ES UNA MERA CUESTIÓN DE SUPERVIVENCIA

POR LA NOCHE, BAJAMOS DEL CRUCERO Y, SUBIDOS EN PEQUEÑAS
REPENTE, CON UN MOVIMIENTO DEL FOCO, UNO DE LOS GUÍAS



En la proa del barco, navegando por las aguas marrones del Amazonas, la modelo lleva un vestido de gasa con estampado de leopardo de Jack Abugattas.

CANGAS, NOS DEDICAMOS A BUSCAR CON LINTERNAS EN LAS AGUAS OSCURAS. DE AVISA A LOS DEMÁS: TRES CAIMANES NOS VIGILAN INQUIETOS CON SUS OJOS LUMINOSOS

a un grupo de monos negros que se divierten saltando de árbol en árbol. No les asusta nuestra presencia y sus acrobacias nos entretienen durante unos minutos.

Dejamos la barca y comenzamos una corta caminata por la selva. Vemos una diminuta hilera verde en el suelo. Son hormigas cortadoras de hojas que avanzan en procesión con su carga vegetal. El camino no permite detenerse mucho tiempo en la contemplación porque, desde algunos de esos árboles pueden caer otro tipo de hormigas, las tangarana, más pequeñas pero de picadura muy dolorosa. En una de las grandes hojas, una minúscula y bella ranita nos contempla pero su brillante colorido nos advierte: ¡soy mortal de necesidad! Sin embargo no todo son peligros; los antidotos para muchos de los venenos se encuentran en las propias plantas de la selva. Sólo hay que ser capaz de reconocerlas.

Después de cenar en la embarcación hacemos otra salida en bote. Los guías apuntan con sus linternas a la orilla intentando descubrir, a ras del suelo, puntos brillantes que resultan casi imperceptibles para el observador no habituado al río. Uno de ellos avisa con el foco a los demás botes. Ha localizado varios. Algo brilla. Son los ojos de tres de caimanes, dos hembras y una cría. Abren sus fauces amenazadoras reclamando su territorio.

Arranca un nuevo día y nuestro barco se detiene para visitar una aldea en la orilla derecha. En ella habitan varias familias de la etnia de los yaguas, una de las muchas que pueblan la jungla peruana. Las casas son muy sencillas, construidas con materiales autóctonos y perecederos, aunque gracias a

su proximidad al río y al inevitable contacto con quienes lo navegan, no es extraño ver a un indígena con un reloj de plástico anunciando una marca de coches. Son tímidos pero hospitalarios; nos muestran el modesto interior de sus viviendas, la forma de extraer líquido de la yuca amarga, un tubérculo con el que fabrican pan y constituye buena parte de su alimentación, o cómo funcionan las cerbatanas con las que cazan.

De regreso al barco y a la corriente principal, emprendemos la vuelta a Iquitos. Navegamos a favor del río ayudados por la corriente y una ligera brisa suaviza el bochorno. El cielo se oscurece de repente, se tiñe de un gris amenazante y se desata una espectacular tormenta tropical. La vegetación se agita de un lado a otro por el intenso viento y el aguacero se descarga con toda la violencia y magnificencia del río enfurecido. El barco se balancea. El espectáculo es impresionante. De repente, media hora más tarde, todo cesa. Regresa la claridad y, sobre todo, la calma. Reaparecen las aves, que se habían refugiado, y el barco recupera su posición horizontal. Un delfín de agua dulce asoma el lomo cerca de la borda y unos monos marrones juegan en un árbol. Así es el Amazonas. □



Los yaguas son una de las etnias que habitan en la selva peruana. Su proximidad al río les hace adoptar costumbres "civilizadas". Abajo, pocimas curativas y afrodisíacas en un mercado de Iquitos.

